

Clara Voghan

Volver a Empezar

Pequeños Pecados, II

edición digital



© Clara Voghan, 2007

Todos los derechos reservados.

Exp. 551460

Edición digital de CCM

de distribución gratuita,

se prohíbe su venta.

Información y comentarios:

claravoghan@mailbolt.com

Pedidos

y representación editorial:

CCM

claravoghan@lycos.com

CAPÍTULO VI

Si por algún sitio corría aquella autopista maravillosa, llena de camiones dispuestos a pasarle a una por encima, era evidente que se ubicaba muy lejos de cualquier cama en la que estuviera acostada Carolina.

La muchacha estaba confundida. Aquel hombre que dormía desnudo a su lado, no sólo era fuerte y hermoso. Era, estaba segura, el amor de su vida. Y sin embargo...

Quizás el placer divino que relataba Victoria estaba sólo reservado para unas pocas. Mujeres perfectas, como su amiga, hermosas y de piernas flacas.

No se sentía decepcionada. Todo lo contrario. Una sola de las caricias que él le había regalado aquella noche bien valía todo el dolor y la angustia de su vida pasada.

Pero...

Aquel breve cielo sólo la enfrentaba a la angustia de perderlo. Antes no había conocido la felicidad, y ahora que dormía plácidamente a su lado, quería asirse a ella con la misma intensidad con la que, estaba segura, no tenía ningún derecho a hacerlo.

Muchas veces había escuchado protestar a Nicolás, diciendo que Agustina no era su novia. ¿Qué podía esperarle entonces? ¿Quién era ella en la vida de aquel hombre que amaba tan profundamente?

Nadie.

Victoria le había advertido acerca de los peligros de entregarse sin imponer condiciones: un abismo en el cual ahora estaba a punto de caer.

Pero tenerlo así, dormido y desnudo a su lado, hermoso y satisfecho; haberlo sentido adentro suyo por un mágico instante; toda esa gloria, toda esa dicha, era un paraíso tan grande, que bien valía ahora este nuevo infierno al que se asomaba.

Y como si fuera una nueva Eva luego de probar la manzana, conciente de su pecado y su desnudez, y antes de sufrir el dolor de que otro se lo pidiera, Carolina decidió salir de aquella cama en la que había sido eternamente feliz, para volver a la realidad de su cuarto de servicio, su andar solitario, y la fugacidad de una vida que cada día se escapaba de sus manos más y más rápido.

* * *

Nicolás se revolvió en la cama, todavía dormido, y extendió su brazo buscando a la mujer que acababa de poseer.

¿Dónde se había metido?

Saciado por el placer, y luego de haber pasado la noche anterior en vela, no había tardado ni un minuto en dormirse en brazos de su amante. Y ahora se despertaba solo...

¡Maldición!

Carolina era, en la cama, como en la vida: perfecta, pero invisible. Fácilmente se había acoplado a todos sus deseos, respondiendo obediente aún a lo que él no se atrevía a pedirle. Se había mecido a su compás... Pero de ella, de su gracia, del encanto y la intensidad de su sonrisa, de la picardía de sus juegos, de eso no había habido nada. Sólo esa entrega silenciosa, esa docilidad muda que él siempre había ponderado en una amante, pero que ahora, tratándose de la mujer que amaba, ya no le era suficiente. Quería más, mucho más. Quería verla estremecerse entre sus brazos. Quería sentir su pasión.

Desde el principio la había notado tensa. Demasiado preocupada, tratando de disimular los que ella creía que eran sus defectos. Por eso había accedido a apagar la luz del cuarto. Porque había pensado, inocentemente, que hacerlo le quitaría presión... Pero no. Era evidente que el empeño que ella tenía en ocultar su cuerpo era sólo una pantalla para una inseguridad mucho más profunda y dolorosa.

Le había hecho el amor a una mujer perfecta. Ahora, además, quería amar a Carolina.

Necesitaba hacerlo.

¿Pero cómo encontrar a la mujer real que se escondía con tanto ahínco tras aquellas hermosas piernas gordas?

¿Cómo hacerla feliz?

* * *

—Te fuiste...

La voz acusadora de Nicolás la sorprendió en la cocina cuando, enfundada en un pijama de seda gigantesco, se había ido a servir un vaso de agua.

—Disculpa... Creí que... ¿Quieres más sexo?

—No... Te quiero a ti.

Carolina se estremeció.

—¿Por qué te fuiste de mi cama? ¿Te pareció mal que me quedara dormido? No lo pude evitar...

—No, no me molestó en lo absoluto —mintió—. Pero como mañana tienes que ir a trabajar temprano pensé que... ¿Quieres más sexo? —volvió a preguntar, confundida.

—No... Te quiero a ti... Que curioso ese pijama que traes puesto.

—Es de mi hermana. Cuando lo compró había engordado como diez kilos, pero enseguida los bajó.

—Y te dio a ti su pijama porque...

—Es una historia larga.

—Tengo tiempo... —dijo él, arrojándole la pelota con la que habían estado jugando aquella tarde.

—Antes de llegar aquí perdí todas mis cosas, y por eso lo que tengo ahora es mayormente prestado. Mi hermana contribuyó con lo peor de su guardarropa, y Victoria con el resto.

—¡Victoria! Por eso la ropa me parecía conocida...

La joven se ruborizó, dejando caer la pelota.

—¿No me dijiste que eras buena en esto? —la reprendió él, devolviéndole el balón.

—¿No crees que es hora de ir a dormir, en vez de jugar?

—¡Me encanta jugar! Y, además, estoy desvelado, así que...

Volvió a tomar la pelota de sus manos, y se la arrojó.

Ella se la devolvió de inmediato, con una sonrisa.

—Te dije que soy buena en esto.

—Entonces podríamos hacerlo más interesante. El que la deja caer, paga una prenda.

Carolina detuvo la pelota, y lo observó confundida.

—¿Quieres más sexo?

—No... De verdad, sólo te quiero a ti —repitió él, tratando de tomar distancia.

Y al hacerlo, su cabeza golpeó con unos anaqueles.

Divertida, Carolina aprovechó para arrojarle el balón que, por supuesto, cayó al piso.

—Te dije que era buena... Ahora tendrás que pagarme una prenda...

—¡Buena tramposa, es lo que eres! —jugó él a estar indignado—. La pelota es tuya, y debemos empezar otra vez.

Obediente, Carolina reinició el bombardeo. Jugar le permitía liberar tensiones. Y con cada tiro, la figura de aquel hombre imposible para ella, rico y hermoso, se desdibujaba para dar paso simplemente a Nicolás, su compañero de diversión.

Él, por su parte, sentía el placer de la cacería. La seguridad de un juego que sabía ganado de antemano.

Y entonces, rememorando sus triunfos pasados, hizo un tiro imposible de atajar, y la pelota cayó al piso.

—Ahora quiero mi prenda —exigió con gravedad Nicolás.

Quieta contra la pared, la muchacha lo observó hacer, un poco a la defensiva, pero a la vez dejándose penetrar por el placer de aquel juego nuevo que empezaba a descubrir: la anticipación.

—Trata de ser bueno conmigo. Merezco un descuento porque me llevas más de veinte centímetros de ventaja.

—Tú no le haces descuentos a tus alumnos, y le llevas más de treinta —refutó aquel hombre fuerte, mientras se acercaba a ella, dispuesto a atraparla.

Jadeante y divertida lo dejó aproximarse. Deseaba intensamente que la besara. Pero no. Él se limitó a tomar uno de los extremos del cordel que ataba el pantalón del pijama. Y a medida que el hilo se iba deslizando sobre la piel de la muchacha, su sexo comenzó a latir.

—Te dije que quería una prenda.

—¡No!, por favor... Mis piernas...

—Has dejado caer la pelota, y yo elijo. Y a mí tus piernas me encantan...

Lo sintió deslizar la seda a lo largo de su cuerpo. Y una vez más se dejó inundar por la caricia de sus manos fuertes.

Pero él, implacable, sólo se limitó a tomar el pantalón, y arrojarlo a un costado.

Y el juego continuó.

Anticipación... Ese era el nombre del placer que comenzaba a adueñarse de Carolina

La pelota iba y venía con renovado ahínco. Él ensayaba tiros osados, que la obligaban a estirarse. A descubrir su cuerpo delicioso, ahora apenas cubierto por una braga mínima y una camisa leve que se escapaba con cada movimiento.

Atrapada por ese placer nuevo, la pelota resbaló de las manos de la joven una vez más.

—Ahora quiero tu braga —le dijo él, casi jugando.

Y ella, excitada, comenzó a negarse.

Fue fácil para Nicolás atraparla, a pesar de sus intentos por escapar. Y de nuevo la joven se preparó para ser poseída, al tacto de la tela que acariciaba su sexo.

Pero no.

El juego, una vez más, se reanudó.

Ahora él ya no se molestaba en arrojarle la pelota a las manos. Quería acariciar con aquel golpeteo el cuerpo hermoso de aquella mujer que deseaba con tanta intensidad.

La pelota volvió a caer.

Carolina lo vio agacharse para recogerla, y lo sintió acercarse a ella. Lo sintió, sí. En cada centímetro de su piel. En la profundidad de todas sus curvas y cavidades.

Pero él sólo se limitó a desabrochar el primero de sus dos botones.

Para cuando la pelota volvió a caer, Caro ya sentía un placer sordo que la estaba poseyendo.

Nicolás se paró entonces frente a ella, y con morosidad deslizó su mano áspera por la suavidad de sus pechos firmes, (firmes a causa de tanta tensión y deseo). Lo sintió jugar con sus pezones, y cuando ella ya estaba a punto

de capitular, él simplemente desabrochó el último botón, dispuesto a continuar el juego.

Y entonces, con aquellas ansias que estaba estrenando, Carolina lo retuvo, besándolo con pasión. Con una voluptuosidad que nunca le había regalado a otro. Con un anhelo que hacía palpar su sexo, reclamando..., reclamando... Reclamándolo a él. A Nicolás. A ningún otro.

Y allí, con el sol colándose a través de los visillos, en medio de la cocina de aquella casa ajena, y muy lejos de la seguridad de una cama, Carolina no sintió uno, sino toda una flotilla de camiones pasando, imparables, por sobre su cuerpo tembloroso. Y cuando ya parecía haber acabado, y se sentía sin fuerzas, bastó una sola caricia de él para que todo volviera a empezar. Y entonces fue todavía mejor.

* * *

Claudia Soto, la hermosa modelo, enredó su cuerpo con gracia hasta alcanzar la boca de Nicolás, para acariciarlo suavemente con su lengua.

El joven abogado la separó con dulzura.

—No, Claudia... Estoy con alguien.

—Ya sé. Tu secretaria.

—No. Alguien que de verdad me importa.

—¡Ah!... Eso lo explica todo.

—¿Qué?

—Primero, que rechaces un beso por el que muchos hombres matarían. Segundo, el desorden en tu oficina, y la vieja bigotuda que me recibió en la entrada. Y, por último, esa carita que llevas puesta, entre felicidad y bobería.

Nicolás sonrió.

—Tampoco es conveniente para ti el andar provocando hombres, con el matrimonio tan cerca —la regañó, mientras aprovechaba para tomar distancia.

—Conoces los términos de esa unión.

—¡Demasiado bien! Por eso no quiero que lo echas todo a perder por una imprudencia.

—Contigo no sería una imprudencia, sino más bien una exquizez. Al fin y al cabo, hemos podido acostarnos muy pocas veces. A ti, cuando no te explota la casa, te estalla el corazón...

Nicolás volvió a sonreír.

—¿Tan buena es en la cama como para justificar el que me rechaces?

—No. ¡Eso es lo mejor!... El sexo con Carolina es tan excitante como arduo. Ella es muy insegura y tímida, y cada noche tengo que derribar uno a uno todos sus miedos, como si fuera la primera vez.

—¡Qué complicado!... ¿Cuánto hace que están juntos?

—¿Así? Un mes.

—No entiendo... ¿De qué otra forma estaban?

—Vive en mi casa desde fines del año pasado, pero hace apenas un mes que somos amantes.

—Entiendo... Y también me doy cuenta que la cosa no es para tanto. Será cuestión de aguardar mi turno.

—¿A qué te refieres?

—¡Qué tontos son los hombres!... ¿No te diste cuenta? Cuando te referiste a ella no dijiste "mi pareja", o "mi novia"... No. Simplemente la llamaste por el nombre. Señal de que no te importa demasiado.

—¡No es cierto! Estoy muy enamorado.

—Entonces no estás seguro de ella.

—Eso es más probable... Carolina es... un poco distante a veces. Por ejemplo, insistió en seguir trabajando en algo que ni siquiera es su profesión, y que nos resta buena parte del poco tiempo que tenemos para estar juntos... ¡Es muy terca al respecto!

—¿Y en la cama?

—Sí... Ahora que lo mencionas, también está lo de la cama. No lo vas a creer, pero, a pesar de que vivimos bajo un mismo techo, insiste en no mudarse a mi cuarto. Es como...

—Como si pusiera límites a la relación... Ya entiendo.

—No... No son límites. Es más bien como si quisiera... huir de mi lado.

—Y eres tú el que quiere atraparla... Me parece justo... Luego de haber hecho sufrir a tantas, la vida se venga de ti.

—No es así.

—Muero por ver tu acuerdo pre— nupcial. De seguro va a estar muy bien redactado, ¡pobre muchacha!

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a casarte con ella, no?

Nicolás la miró confundido. ¿Por qué las mujeres tenían esa extraña obsesión con el matrimonio? Carolina y él eran muy felices como estaban, sin compromisos ni papeles.

¿Para qué casarse, entonces?

* * *

—¡Para qué me casé!

Carolina atajó a su hermana, deshecha en lágrimas, en el preciso momento en que iba a colapsar.

—¿Qué te ha ocurrido, Mónica?

—Se fue... Se fue con la vieja de la mansión de enfrente.

—¿Honorio?!... ¿Honorio te abandonó? —preguntó la joven con una mezcla de incredulidad y algarabía. Pero el sufrimiento de su hermana la volvió a la realidad.

Tardó casi una hora en lograr que parara de llorar.

—¡Tantos años! ¿Ahora quién me va a querer, vieja, gorda y menopáusica?

—No eres vieja —le contestó la muchacha con sinceridad—, y te ves fabulosa. Más me gustaría a mi tener tus piernas y tu figura.

—No... Es la faja nueva que me compré, y el sostén con “push—up”..., pero cuando me los quito...

—¿Estás segura de que se fue? Porque él ya te ha sido infiel varias veces.

—Me ha pedido el divorcio, y la mitad de la inmobiliaria.

—Pero si él nunca...

—Es mi marido, y tiene derecho a la mitad de mis bienes. La casa de mamá se salva porque nunca terminamos la sucesión, pero...

—No te preocupes... Puedo pedirle a Nicolás que...

—¿Nicolás? ¿Tienes tanta confianza con tu jefe como para pedirle favores?... ¡Tú te acuestas con tu jefe!

La joven dudó un momento, pero luego, agachando la cabeza con ese gesto que le era tan propio, musitó un “sí” tímido, que enfureció a su hermana.

—¡Sí que la has hecho!... ¿Crees que el tipo tiene intenciones serias para contigo? Estabas cerca de su cama, y con eso le ha alcanzado.

—Yo tampoco le pido más. Pero al menos, por una vez en mi vida, soy muy feliz.

Mónica miró fijamente a su hermana. Sí, era la misma expresión idiota que ella había tenido durante los primeros años de casada. Pero luego la vida y el tiempo se habían encargado de borrarla. Y donde antes había sonrisas, ahora estaba esa mueca horrible de angustia y dolor, surcada de arrugas, que tenía que ocultar cada mañana, tras una gruesa capa de maquillaje.

—¡Soy tan infeliz! —rompió en llanto.

—Lo eras también con él, pero no te dabas cuenta. Al irse, te ha hecho un gran favor.

—Pues no sólo me abandonó. También se ha llevado los cien mil dólares —confesó al fin la dama, en un hilo de voz.

—¿Qué cien mil dólares?

—Los de mamá. Son los que recuperamos gracias a un amparo judicial, luego de la devaluación del 2001.

—Pero dijiste que no había más...

—No quería que los gastaras en tonterías, como los otros treinta mil. Por eso me los quedé. Para protegerte... ¡Y ahora se los llevó!

—Pero Mónica,... te rogué, te imploré... Estaba en la calle... Con cincuenta mil dólares hubiera podido...

—Te hubieras comprado un departamento, y no hubieras conocido a tu Nicolás. Bien mirado, te hice un favor.

Carolina cerró los ojos y tomó aire. Matar a su hermana, por muy placentero que pudiera parecer, no resolvía nada.

—Librarte del idiota de Honorio ha sido una bendición. Y si me costó cincuenta mil dólares, no pude invertir mejor mi parte. Ve a tu casa... No, sale con tus amigas, y tómate entera la mejor botella de champagne francés que encuentres.

—No. No quiero que ninguna de esas brujas sepa la desgracia que me ha ocurrido. Ya he tenido que soportar bastante durante todos estos años sus historias de mamaderas y pañales, como para ahora fracasar también con esto.

Era la primera vez que Carolina escuchaba a su hermana hacer referencia directa a la maternidad. Al principio de su matrimonio, era su propia madre la que insistía casi a diario con el tema de los nietos. Pero entonces las respuestas de su hija siempre habían sido evasivas. Luego, poco a poco, todo el asunto pasó al olvido. Pero obviamente aquella era una herida muy abierta en el corazón de su hermana.

—Por favor... No quiero pasar la noche sola. Ni esta, ni las próximas... ¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? La casa es grande... ¡Será como antes, cuando éramos niñas!

Eso era justamente lo que Carolina temía.

—Pero yo... Yo estoy viviendo con Nicolás, y...

—¿Qué?... ¿Tienes miedo de que en tu ausencia traiga otra a la casa?

—¡Claro que no! —mintió.

—Entonces puedes dejarlo solo por unos días. No serían muchos... Los suficientes como para acomodarme a la soledad y el silencio. ¡Soy tan desgraciada!

—Pero nos vemos tan poco con Nicolás...

—Está bien. Si así lo prefieres, quédate con él... Total... No pienso ser una carga para ti por mucho tiempo... Mi corazón no va a soportarlo.

Carolina se estremeció. Hacía tantos años que no escuchaba esas palabras, que ya casi las había sepultado en el fondo de su conciencia. Y es que ese era el eterno discurso de su madre. La oscura parrafada que recitaba cada vez que alguien osaba contrariarla. Y ahora, toda una vida después, volvía a escucharla, removiendo sus recuerdos más oscuros.

—De acuerdo... Voy a llamar a Nicolás. Pero te advierto que hasta las tres de la mañana estoy en otro trabajo.

—¿Qué? ¿Ahora hay kinders en horario nocturno? ¿Qué es? ¿Para las putas?

—Muy graciosa. Te conté de mi otro trabajo. Pero tú nunca me escuchas.

“Igual que mamá”, pensó. Pero no quiso complicar aún más las cosas.

En silencio se aprestó para salir, sabedora de que aquel viaje que estaba a punto de emprender junto a su hermana no era sólo de unas pocas cuadras. Era un viaje en el tiempo, de vuelta a lo más tenebroso de su pasado.

* * *

Claudia Soto observaba al joven abogado sin ocultar su satisfacción. Hacía más de una hora que lo escuchaba maldecir con tanto empeño y gracia, como furia.

—¿Quién te ha enseñado esas barbaridades? Ni mi padre blasfema de esa manera.

—¿Acaso no tengo razón? Son todos unos inútiles... Y desde que se fue Agustina que el estudio es un verdadero quilombo.

—¿Tan eficiente era ella?

—No... Es una vieja trampa de las secretarias. Tienen métodos de archivo que sólo ellas pueden entender, como

para volverse imprescindibles. ¡Ahora nadie encuentra nada! Además ha estado saboteándome. Ha llamado a mis clientes, ha hablado mal de mí. Se ha llevado cédulas judiciales, y ha hecho pública una lista con los retiros de honorarios que hicieron mis abogados el año anterior. Gracias a ella están todos como perros y gatos.

—No me engañas... No es sólo el trabajo. Hay algo más.

Nicolás suspiró.

—Hace quince días que Carolina se fue a vivir con la hermana. No sé, parece que el marido la dejó y...

—¡Pobrecito! ¡Quince días sin sexo! —ronroneó la modelo, mientras aprovechaba para acariciarlo.

—Tampoco tanto. Nos vemos todas las noches. ¡Pero no es lo mismo!... Y ni siquiera me quiere presentar a su familia. ¡Es como si ocultara algo! No sé porque quiere mantenerme alejado de su vida.

—¿Seguro que no se fue a vivir con algún tipo, y te está haciendo el cuento? —preguntó Claudia por pura insidia, ya que estaba convencida de que ninguna mujer en su sano juicio podía dejar plantado a semejante semental.

—Carolina no sería capaz.

—Yo por ti lo olvidaría todo: trabajo, amigos, familia... Pero esa soy yo. Al parecer, tu Carolina opina distinto.

Nicolás resopló.

Sí, Carolina en muchas cosas opinaba distinto.

¡Y eso que apenas hablaban!

* * *

—Apenas hablamos. Me deslomo todo el día en la inmobiliaria. Cuando llego sales para tu “trabajo”, y luego te vas con él. Esta mañana el remise te trajo a las seis.

—Claro que es una vida de locos —acordó Carolina, mientras le alcanzaba una a una las cosas que acababa de traer del supermercado—. Y a mí me parece que tú, Mónica, ya te has adaptado a la perfección a tu rutina de soltera.

—¿Lo dices porque estoy saliendo con las chicas?

—Lo digo por el señor que te llama con cierta insistencia.

—¡Es Ezequiel, del colegio!... ¿Te acuerdas? —trató de justificarse, mientras se ruborizaba, (o algo parecido).

—Como sea... No creo que dures sola mucho más tiempo, y, en cambio, Nicolás me necesita.

—Lo dudo.

—¿A qué te refieres?

—¡Vamos! Ni siquiera se toma la molestia de ir a buscarte al restaurante, o de traerte hasta aquí.

—Pero eso no es por que él no quiera, sino porque yo no lo dejo.

—¡Claro!

—De verdad... Trabaja un millón de horas en el estudio, y tiene que ir bien dormido. Ya me siento demasiado culpable por despertarlo a las tres de la madrugada, cuando llego, como para permitir que además se vista y saque el auto.

—Eso es por el trabajo de mierda que tienes. ¿Por qué no renuncias, y buscas uno normal?

—¡No!.... Primero porque Tito me necesita, al menos hasta que la muchacha que ocupaba mi puesto se reintegre de su licencia por maternidad. Él ha sido siempre muy bueno conmigo y es lo menos que le debo.

—¿Y?

—¿Y, qué?

—¡Lo segundo! Dijiste que ese era uno de los motivos... ¿Y el otro?

Carolina dudó antes de responder. Dolía demasiado.

—Prefiero mantener cierta independencia de Nicolás. Él ama su libertad, y no quiero que permanezcamos unidos por otra cosa más que por las ganas de estarlo.

—¡Idiota! Podrías aprovechar para sacarle una fortuna, y vivir como una reina.

—¿Crees que soy una puta?

—¡Dios santo! Dime, ¿acaso él no te paga todos los meses, y te da dinero para la casa?

—Sí, pero...

—¡Entonces eres una puta! Barata, pero una puta al fin.

Carolina se maravilló. Era increíble la constancia y la habilidad que tenía su hermana para humillarla. Y así había sido por los últimos quince días, (y los treinta y dos años previos).

—¿Compraste leche? —preguntó Mónica con impaciencia.

—Aquí tienes tu leche.

—¿Y la manteca?... Seguro la olvidaste.

—Aquí está.

—¿Más toallitas higiénicas? ¿Para qué quieres más? ¿Olvidas que yo ya no uso, o pretendes echármelo en cara?

—Es el paquete que compro cada mes. No es más que eso. Y dudo que vayamos a quebrar por...

—En el armarito hay otro sin abrir. Lo trajiste al mudarte...

Por un momento las dos hermanas se miraron a los ojos.

—¿No estarás...?

—¡No!

—¿Cómo te cuidas?

—Cuando murió Tommy dejé de tomar las pastillas, pero ahora ya he sacado turno con la ginecóloga.

—¿No te estás cuidando?!

—Se cuida él... Los dos, ¡bah! Con preservativos.

—¡Estás embarazada!

—¡No seas idiota! Él siempre los usó. ¡No le van a fallar justo conmigo!

—Los preservativos sólo son un noventa por ciento seguros.

—Creí que era el noventa y nueve.

—La cuestión es que fallan.

—¡Pero a mi no! Menstrué justo antes de venir aquí... Lo que ocurre es que debí haber traído algún paquete que tenía guardado de otras épocas.

—Eso espero. Y si no, ya sabes...

—¿Qué sé?

—Un aborto, y listo.

—Yo no abortaría.

—Entonces estás frita. ¿No me contaste acaso, tú misma, que a la otra novia la planto cuando se enteró que quería tener un hijo?

—Eso es otra cosa. Como siempre, escuchaste la mitad de la historia.

—De todas formas, si estuvieras embarazada...

—No, no lo estoy. Y por lo demás, pienso ponerme un dispositivo intrauterino.

—¿Un DIU? ¡Así quedé estéril yo!

—¿Cómo?

—La maldita letra chica, hermanita... En algunos casos puede provocar esterilidad permanente. Pero lo decía en letra tan chica que sólo me enteré cuando era demasiado tarde. Estoy segura que de haber tenido hijos, hoy mi Honorio..

Su hermana la interrumpió.

—Hoy, además, tendrías que mantener a tus hijos, y Honorio estaría con la vecina. La paternidad no añade neuronas, ni quita testosterona.

—Oye hermanita, ¿seguro qué no estás...?

—¡No!

¿No?

Nunca antes había hecho algo así, y, estúpidamente, la culpa la dominaba. Tomó el envase tratando de no ser vista, y lo escondió entre sus ropas. Cuando llegó a la caja registradora primero sacó tres paquetes de toallitas higiénicas que había juntado en una canasta, y luego, al final, y como quien no quiere la cosa, el maldito envase.

Se sentía miserable. Después de todo ella había entrado a la cama de Nicolás justamente por la aversión que él tenía a la paternidad. Y ahora...

¡Ahora, nada! ¡No podía ser! Tres años había convivido con Tommy, y nunca había tenido la menor duda. Era imposible que en menos de dos meses...

Volvió a mirar el reloj. Apenas habían pasado dos minutos y ya no toleraba la intriga.

—¿Qué estás haciendo en el baño?

La voz chillona de su hermana la hizo pegar un salto.

—¿Qué estás haciendo tú en la casa, tan temprano? No se suponía que volvieras hasta las nueve de la noche —preguntó Carolina, parapetada del otro lado de la puerta, y mientras su corazón latía a mil kilómetros por hora.

—Me siento mal, y vine antes. ¿Tienes para mucho?

—¿No puedes ir a cualquiera de los otros cuatro baños que hay en la casa?

—No. Me gusta este.

—Pues tendrás que estar a disgusto, porque tengo para un buen rato todavía. Yo también me siento mal.

Mónica gruñó, mientras se alejaba, y Carolina aprovechó para volver a chequear la hora.

¡Al fin!

Tomó el reactivo con miedo, y su corazón se paralizó.

Una... ¡Dos rayitas!

¡Estaba embarazada!

Volvió a mirar el prospecto. Sí, no había duda: eran dos rayas. Aunque...

El dibujo mostraba dos rayas horizontales, pero las suyas eran verticales. Y, para colmo, en la “ventana de control” se estaba formando una cruz. ¿Era normal eso?

“Ante cualquier duda consulte al 0—800—...”

Carolina abrió la puerta del baño, decidida a correr al teléfono más cercano. Pero de inmediato la cerró. Aguardando como si se tratara de un perro guardián, estaba su hermana, implacable.

—¿Qué tienes ahí?! —preguntó desconfiada.

—Nada —gritó la joven—. Me ha dado otro calambre. Tengo para un rato.

—Te espero.

¡No había nada que hacer! Cuando su hermana se lo proponía, era insoportable. Y se lo proponía todo el tiempo.

Con paciencia, (y un pulso que le temblaba), Carolina ocultó entre sus ropas toda prueba del delito.

—¡Ah! Finalmente has salido... ¿Qué estabas haciendo allí?

—Nada. ¿No tenías tanto apuro en entrar?

—No. Ahora se me han pasado las ganas —repitió Mónica, mientras revisaba el baño como si buscara drogas.

Para cuando Caro llegó al teléfono, en el 0—800 había un contestador que invitaba a llamar al día siguiente.

¡El día siguiente!

* * *

Unos gritos provenientes de la zona del bar pusieron a la bella maitre en alerta, pero las risotadas que le siguieron la volvieron a la tranquilidad.

¿Tranquilidad?

Eran las doce de la noche. El restaurante estaba ya casi vacío. Sólo restaba una pareja, y la mesa del bello francés.

El pasillo en que se servían los tragos estaba, en cambio, repleto de una multitud bulliciosa que se arremolinaba en torno a la barra.

El francés le sonrió con encanto, mientras entrecerraba sus ojos clarísimos con picardía.

¿Cómo hubiera sido su vida de haber aceptado aquella invitación a París? ¿Cómo reaccionaría él si le dijera que estaba embarazada?

No. No estaba embarazada. No podía estarlo.

Unos gritos destemplados de mujer, que provenían del bar, la volvieron a la realidad.

—¡Policía! ¡Qué llamen a la policía! ¡Me ha querido atacar! —gritaba una turista de acento impreciso, repleta de joyas, tan entrada en carnes como en años.

—¡Mis amigas son testigos!

Unas cinco damas la secundaron, divertidas, en medio de los efluvios del alcohol.

Era un espectáculo verlas así, con sus escotes profundos y sus pechos caídos. Enfundadas en aquellos trajes ridículos pero carísimos, que los diseñadores creaban para ancianas que no se resignaban a serlo.

Del otro lado, Hernán, un futuro ingeniero, condenado a acarrear una bandeja durante la noche para poder pagar sus estudios durante el día, explicaba:

—Ya era la quinta vez que me pellizcaban el culo. Sólo quise defenderme.

—¿Defenderte de una mujer indefensa como yo? ¡No seas falso! ¡Has querido robarme, como todos en este país desde que llegué! Te has abalanzado sobre mi brazalete de diamantes... ¡Te hemos visto! ¡Policía!... ¡Policía!

La mujer gritaba ahora a voz en cuello, y fue Carolina la primera en correr hacia el grupo, intentando restablecer la calma.

—Señoras, por favor, el dueño les solicita tengan la amabilidad de ir a su oficina, para resolver el incidente.

—¡Nos ha querido robar! ¡Llamen a la policía! Soy la esposa del embajador, y no voy a detenerme hasta que este insecto acabe en la cárcel...

—Por favor, señoras. Clara, hazte cargo de las mesas, y tú, Hernán, acompáñanos por favor.

El muchacho intentó protestar, pero una sola mirada de la joven maitre lo obligó a obedecer con docilidad.

Al llegar al despacho de Tito, el escándalo se reinició ni bien cerraron la puerta.

—Nos ha levantado la mano. ¡Quería pegarnos!

—Sólo quería defenderme. Me metió la mano en el...

—¡Por favor! —rogó Carolina.

—Estábamos jugando —confesó una de las “damas”, quizás por la borrachera.

—Hay juegos y juegos, señora —se ofendió Tito.

—Él nos ha provocado toda la noche.

—¡Mentira!

Sin embargo Carolina imaginaba que detrás de aquella acusación había algo de verdad. Los jóvenes camareros sabían a la perfección que una sonrisa, o unas palabras invitantes, hacían crecer la propina. Muchas veces los escuchaba coquetear con los clientes..., pero nada más.

—No puedes andar mostrando la mercancía y después enojarte si alguien quiere probar... —murmuró entre dientes la más lujuriosa de las damas, provocando la risa contenida de las otras.

Y aquella reacción tan lasciva hizo arder la sangre de Tito.

—¡Mis empleados no están en el menú —aulló enfurecido.

—Y si lo hubieran estado, nadie los compraría. ¡Éste, por ejemplo, está fofo! —se burló “la embajadora”.

Tito estalló. No le gustaba que la gente usara su poder para aprovecharse de los débiles. Por eso iba todos los días

al gimnasio. Ya había tenido que soportarlo muchas veces en carne propia, como para...

—Escucha vieja gorda... —comenzó a gritar, olvidando toda diplomacia.

—¿A quién le dices “vieja gorda”?! Ya verás. Mi marido ha sido especialmente invitado por el presidente de tu república... ¿Cuánto piensas que va a tardar en cerrar este antro miserable?

—¡Señores! —se impuso Carolina—. Tengamos calma. Creo que hemos llevado este episodio demasiado lejos.

—No voy a permitir... —comenzó a gritar Tito, pero su empleada no era fácil de asustar. Si podía encargarse de treinta niños juntos, disputándose un solo juguete, podía ocuparse de estos con facilidad.

—Tito, Hernán, salgan por favor... Esto lo vamos a resolver las mujeres.

—¡Pero!

—¡Por favor!

—No creas, niña, que te va a ser tan fácil engañarnos —comenzó a decir “la embajadora”—. Voy a llamar a mi esposo, y en menos de una hora ese infeliz va a estar preso, y esta cueva, clausurada.

Carolina no le contestó. Por el contrario, esperó a que los hombres se fueran, y se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada, antes de hablar.

—Señoras —dijo al fin—, creo que aquí hace falta una disculpa.

—¿Una disculpa? ¿Te parece que puedes arreglarnos con una disculpa?

—No. Yo no voy a disculparme. Son ustedes las que se la deben a Hernán.

Las damas se enfervorizaron, gritando de disgusto, celular en mano.

Y entonces Carolina supo que, como con sus alumnos, había llegado la hora del cuento. Esas historias que los distraían, haciéndolos calmar.

—¡Señoras!, ¿cómo es posible que no se hayan dado cuenta?

—¿De qué? —preguntaron al unísono.

—¿Ninguna de ustedes vio la cara de Hernán? ¿Su gesto de preocupación?

—Si va a ir preso, claro que tiene que estar preocupado.

—¡No! Hoy Hernán ha recibido una terrible noticia. Algo que cambiará su vida para siempre, y lo hace temblar... ¡Claro que ha coqueteado con ustedes! Son mujeres bellas, y ya deben estar acostumbradas a provocar ese tipo de reacciones en los hombres. ¿Quién puede culparlo?... Pero luego, pobrecito, se ha dado cuenta.

—¿De qué? —preguntaron a coro, como solían hacer sus alumnos luego de una pausa.

—De que su vida ya no puede ser la misma que era ayer. No después de semejante noticia.

—¿Qué noticia?

—Hoy su novia le ha dicho que va a ser padre, y está muerto de preocupación.

—¡Cerdo!

—No, no es un cerdo —lo defendió de inmediato Carolina, con un entusiasmo inusitado, y un dolor que era incapaz de ocultar—. Él..., él no planeaba ser padre.

—¿No la quiere a la muchacha?

—Creo que sí, pero...

—¡Un cerdo! ¡Cómo todos!... Para ponerla siempre están listos, pero luego...

—Ustedes no entienden... No es como los demás... Es... Su vida nunca fue fácil. ¡Ha sufrido tanto! Su padre no lo quiso, y su madre... Su madre lo abandonó en un orfanato.

—¡Pobre criatura!

—Se crió tan solo, tan triste, que todavía puede verse el dolor en el fondo de sus ojos claros...

—¿Claros? Me pareció que tenía ojos oscuros.

—Sí —se retractó la joven—. Son oscuros, pero su mirada es clara. Transparente. Y ese dolor y ese abandono está ahí. Por eso tiene miedo de comprometerse. Por eso le cuesta amar, o entregarse. Lo han lastimado demasiado.

—¿Y qué va a hacer con el bebé?

—No sabe nada del bebé... —contestó con sinceridad, pero de inmediato se dio cuenta de la incongruencia—. Mejor dicho, no sabe que va a hacer... Aunque de una cosa estoy segura: no está listo para tener un hijo...

—Yo lo supe en cuanto lo vi. Dije: “a este muchacho le pasa algo”.

—Y es cierto lo de los ojos tristes, pobrecito.

—A mi hijo le ocurrió lo mismo con su primer niño. ¡Le dio miedo! Los hombres son tan inmaduros... Este joven tiene su misma sonrisa.

—Sí, no parece tan mala gente.

—Lo que sea que decida, es fundamental que apoye a la muchacha —sentenció la que llevaba la voz cantante.

—Por “apoyarla” es precisamente que se metieron en este lío —acotó la mayor—. Lo que tiene que hacer es ponerse los pantalones, en vez de sacárselos, y hacerse cargo de la situación.

—No... —respondió adolorida Caro, hablando como para sí misma—. No está listo... Y...

La joven, para sorpresa de las damas, rompió en llanto.

No tardaron en entender que la muchacha estaba defendiendo su propia causa.

—¡No te preocupes! ¡Todo va a salir bien! —comenzaron a consolarla aquellas vampiresas, devenidas rápidamente en madres devotas.

Para cuando las mujeres llevaban más de cuarenta y cinco minutos encerradas, Tito se preocupó.

—Señoras —comenzó a decir con furia, dispuesto a dar por acabado semejante aquelarre. Pero las caras de todas, transidas por el llanto, lo obligaron a callar.

—¿Puedo ayudarlas? —preguntó en tono conciliador.

—No.. Ya nos íbamos... Nuestro chofer nos aguarda en el estacionamiento. ¿Cuánto le debemos?

Tito miró a Hernán, unos pasos a su espalda, en busca de respuestas. El muchacho, tan confundido como él, sólo atinó a decir.

—Doscientos pesos.

—Aquí tienes mil.

—Pero son doscientos...

—El resto es para ti... Con nuestras disculpas... Sabemos que eres un buen muchacho, y que, a pesar de todo, harás lo correcto.

Jefe y empleado observaron la partida de aquel grupo bizarro, atónitos.

—¿Qué les has dicho? —preguntó Tito a aquella mujer maravillosa que había contratado.

—Les he contado un cuento.

—¡Increíble! Espero que al menos tuviera final feliz.

Carolina lo observó apesadumbrada.

¿Había acaso un buen final para su historia?

* * *

La una de la madrugada.

Por más que Nicolás mirara una y otra vez el reloj, las manecillas no parecían moverse. Faltaban todavía dos horas para que llegara. Dos horas para hundirse en sus pechos suaves. Para aturdirse con aquel silencio que lo acunaba cada noche... ¡Cómo necesitaba a esa mujer!

Y así, añorando su calor, fue quedándose dormido, hasta que el timbre de la puerta de calle, impiadoso, lo volvió a la oscuridad de la vida.

Prácticamente desnudo bajó a atender, convencido de que sólo la ridícula de su madre podía importunarlo a semejante hora.

—¿Qué haces aquí? —se sorprendió.

Del otro lado de la puerta, Claudia Soto, la hermosa modelo, lo miró con deseo y lo besó en la boca, aprovechando su desconcierto para meterse en la casa, y cerrar la puerta tras ella.

—¿Estás solo? —dijo a modo de saludo, mientras él la apartaba.

—Carolina va a llegar de un momento a otro.

—¡Ah!, Carolina... Todavía la llamas por su nombre... ¡Muy bien!

—Claudia, vas a casarte pasado mañana, ¿no crees que deberías guardar las apariencias?

—No me hables de ese casamiento... ¡Lo odio!

—Tienes una forma costosa de odiar. Leí por allí que tu futuro marido va a gastar una pequeña fortuna en la boda.

—¡Es mi boda! Claro que lo voy a hacer gastar. ¡Yo lo valgo!... Y además, el muy desgraciado vendió la exclusiva a una revista, así que...

—Como sea..., tienes que hacer buena letra.

—Eres mi abogado.

—Y esta es mi casa, y es la medianoche. Ya tuvimos problemas antes por este tipo de “entrevistas”.

—Y la tal Carolina, ¿es celosa?

—De seguro no tanto como yo, pero...

—¿Eres celoso, cariño?

—Nunca antes me había dado cuenta, pero... Tiene un jefe que no me gusta nada.

—Pues yo no soy nada celosa. Si quisieras...

—No insistas. Y aléjate. No quiero que nos encuentre juntos. Ya te dije que es muy insegura, y una como tú hace sentir mal a cualquier mujer.

—Gracias por el halago. Pero no me convences. ¿Por qué es tan insegura? ¿Tan fea es?

—Tiene las piernas gordas. Pero a ella le quedan muy bien.

—Me muero por conocerla —dijo, apoltronándose en el sillón de la sala como si fuera una gata.

—Lo lamento...

Nicolás tenía mucho que perder por la curiosidad de su cliente, así que se esmeró en no arriesgarse.

A la media hora ya estaba solo otra vez, totalmente desvelado, y esperando.

Esperando.

* * *

—El “Jules Verne” estuvo fabuloso. No sabes lo que te has perdido.

—No, no lo sé.

—¿Te ocurre algo? Desde que llegué que te he observado, y tienes muy mala cara.

—No me siento bien... Esta mañana me desperté con ganas de vomitar.

—¿Ganas de vomitar? ¿No estarás embarazada, no? —preguntó aquel francés increíble, con tono juguetón.

Pero para su sorpresa, la bella maitre lo miró con ojos llenos de lágrimas.

—No digas nada —suplicó.

—¿Estás embarazada?

—No lo sé... Quizás...

—Por tus lágrimas imagino que él no lo sabe.

—¿Cómo te sentirías tú si te dijera que eres el padre?

—Sorprendido, dado tu terminante negativa a aceptar mi invitación.

—Me refiero a... Si una muchacha que sabe con claridad que lo último que quieres en la vida es un hijo, te diera la noticia.

—Ya me ocurrió... Y no fue nada grato.

—¿Qué hiciste?

—Como con todo los demás. Dejé que mi padre se ocupara.

La joven lo miró sin ocultar su congoja.

—No me juzgues mal. Yo sólo tenía diecisiete años... Aunque te confieso que ahora haría lo mismo... Claro que es imposible que deje embarazada a una mujer.

—No creas. Nicolás, mi novio... Él es muy cuidadoso. ¡Y sin embargo!...

—No, no entiendes... Luego de aquello mi padre me forzó a una vasectomía.

—¡Eso es horrible!

—Pero reversible... Lo cierto es que monsieur Dupont parece no estar muy dispuesto a compartir su gran fortuna con un bastardo. Y a mí me fascina su gran fortuna... Y además...

—¿Y además?

—Ningún hombre está preparado para un hijo. ¡Nunca! Y yo ni siquiera soy un hombre. Apenas tengo veintiséis. Mi padre me concibió a los cincuenta y cinco. Esa es una buena edad...

Carolina suspiró.

—No te lo tomes a mal, querida amiga. No es por ti, o tu... “pequeña complicación”, sino por... Los hombres somos así... ¿Recuerdas el “Jules Verne”?

—Sí.

—¿Te dije que había esperado un año para conseguir lugar? ¡Te mentí! Mi padre es accionista, y me basta aparecer por allí para que me sirvan de inmediato.

—No entiendo para qué mentirme.

—Para hacerte sentir especial, y que me dijeras que sí. Por el placer de la cacería. Así somos los hombres. Ustedes, en cambio, empollan. ¡Les encantan los niños!

—Yo no lo busqué.

—Pero querías un hijo.

Carolina se sintió culpable. Sí, claro que lo quería. Quería un hijo de Nicolás. Pero en su corazón nunca había existido la opción de perder por eso al hombre que amaba.

—Yo sé que tu país es bastante atrasado. Pero hacerte un aborto es lo mejor. ¿De cuánto estás?

—Ni siquiera estoy segura de estar embarazada.

—¿No te has hecho la prueba?

—Dio extraña. Llamé para que me aclararan el resultado, pero hasta mañana no hay nadie en el laboratorio.

—¿Y por qué no te compraste otra, en vez de esperar?

Carolina lo miró sorprendida.

Simplemente no lo había pensado.

¿O sí?

* * *

Nicolás oyó el ruido de un motor. Las dos de la mañana.
Faltaba todavía una hora para que...

Sorprendido, se quedó mirando por la ventana de su
cuarto, tratando de no ser visto.

¿Qué auto era ese?

¿Y ese tipo?

* * *

—¿Estás enojado?

—¿Esta noche también te ha traído tu jefe?

—No... Me sentía mal, y un cliente se ofreció.

—¿Un cliente?

—Sí. Es un muchacho francés... Creo que su padre es dueño de una aerolínea, o algo así...

—Y tú viniste con él... Con un tipo al que apenas conoces...

—Como lo dices suena horrible. Pero la verdad es que lo veo con frecuencia, y es una buena persona.

Nicolás se encerró en su silencio. Era obvio que Carolina no estaba bien, pero sus celos no le permitían ver más allá de su orgullo de macho herido.

Finalmente se acostaron uno junto al otro, como dos extraños.

Él no quería hablar, y ella no se atrevía a hacerlo. Estaba demasiado conmovida por su proximidad. Y quizás aquella fuera la última vez que lo sintiera así, tan cerca, con su respiración tranquila acariciándola. Con su cuerpo fuerte ardiendo a su lado.

¡No quería perder a Nicolás! Lo amaba más que a su propia vida... Tanto como para...

Como para no querer abortar a su hijo.

A un hijo de los dos...

Faltaban unas horas para el amanecer. Esas horas robadas a la incertidumbre. Unas dulces horas en que lo único que los unía eran esas ganas increíbles de estar juntos, y ser felices.

Y entonces comenzó a acariciarlo con tantas ansias, como desesperación. A jugar con su sexo dormido. A tensar sus músculos. Y él se dejó seducir, mareado por la necesidad que tenía de ella.

Y cuando todo terminó, y la tensión dio paso a la calma, Nicolás se quedó quieto sobre su cuerpo desnudo, disfrutando de ese anhelo que la hacía temblar y abandonarse en él.

Como había ocurrido desde que Carolina llegara a su vida, una vez más, a pesar de los celos o el dolor, lo invadió aquella sensación extraña.

Una vez más fue feliz.

* * *

Victoria amaba Cariló. Aquel balneario tranquilo, distante a unos trescientos cincuenta kilómetros de la ciudad, le traía los mejores recuerdos. Allí había celebrado su matrimonio, y allí había transcurrido su inolvidable luna de miel. Y a pesar de que la noche de bodas había precedido unas pocas horas a la ceremonia en la capilla, ella solía jactarse de haber llegado virgen al matrimonio.

Cada viernes a la noche se subía a su lujoso Mercedes con su marido y su hijo, (un pequeño bolso para la pareja, y uno inmenso para el bebé), y se ponían en camino hacia aquel lugar encantado. Allí eran una verdadera familia, y el

sexo nunca era oscuro o desesperado, sino que, realizado sin apuro, se convertía en un maravilloso acto de amor.

Sí, amaba Cariló. Sus noches tranquilas, su cielo estrellado, su silencio, sus árboles. Todo... Todo excepto a Amanda...

Y es que cada fin de semana la antigua amante de su marido parecía estar esperándolo con ansias. Siempre había algo que consultarle a media voz, o un chiste privado, o un recuerdo de la vida que habían compartido desde la más tierna infancia... ¡Y para colmo la muy desgraciada era espectacular!... ¿Por qué las ex amantes nunca engordaban? ¿Por qué no le salían granos o espinillas, como al resto de las mortales? ¿Por qué no sabían lo que era la celulitis?

Al lado de aquella enérgica empresaria, Victoria se sentía otra vez como cuando limpiaba oficinas con su madre: invisible.

Por eso, cuando unos meses atrás la bella Amanda había anunciado su matrimonio, por fin había respirado aliviada. Sabía que eso no iba a borrar la “amistad” que tenían con Samuel, (o como ella le decía, Jorge), pero la presencia de otro hombre de seguro iba a atemperar tanto “afecto reprimido”, (o le iba a permitir a Victoria que otro, además de ella, fuera el de los celos).

Ahora el día había llegado.

A pesar del otoño, el calor todavía se enseñoreaba en el verde de los árboles.

Como padrino, Samuel había ofrecido la bella terraza de uno de sus “resorts” para hacer la gran fiesta que congregaría a más de cuatrocientas personalidades del mundo de los negocios.

Victoria había puesto todo su empeño en estar espléndida para tan magna ocasión, y que así su marido se luciera con ella, (y para que, de paso, la otra se muriera de envidia). Su hermana Vanina, experta en modas, le había comprado un vestido ajustado y con un escote profundísimo, que por un lado resaltaba sus pechos firmes, y por el otro se perdía en dirección a su culo perfecto.

Había tardado más de dos horas en borrar con maquillaje el cansancio de haberse tenido que levantar a las seis de la mañana, para trabajar el doble, y poderse escapar en jueves... (¡Jueves! ¿A quién se le ocurría casarse en medio de la semana?). Y luego de mucho esfuerzo, había logrado su cometido. Se veía hermosa y sensual.

Por supuesto, el primero en notarlo fue Samuel.

—Ese vestido no tiene demasiado espacio para la ropa interior —le susurró su marido al oído, al salir de la casa, en tono invitante.

Pero ya para entonces Victoria estaba tan cansada, (a pesar de que se veía radiante), que sólo atinó a contestar:

—No. Pero me he metido a presión una de esas bragas elásticas, de las que usan las viejas, y un sostén anatómico. ¿Se notan?

Desilusionado, su esposo no le respondió.

Samuel, en cambio, se veía increíble. Aquel traje negro, ceñido a su cuerpo grande y musculoso, resaltaban su pelo cobrizo y su barba cuidada. No era del tipo de pelirrojo pálido, sino que, como el resto de su personalidad, su color era intenso.

Sí, se veía increíble... Pero Victoria apenas pudo notarlo. Y es que el pequeño Gabriel, justo en el preciso momento en que tenían que partir, también había comenzado a verse así.

¡Increíble!

Como lo había anunciado Carolina, el niño ya caminaba con soltura, y en un breve descuido había tomado un caracol del suelo, y como si fuera gourmet de la cocina francesa, se lo estaba llevando a la boca, paladeándolo sin asco, con la clara intención de comerlo. Y así como sus intenciones eran claras, su hermoso trajecito se había tornado oscuro, a fuerza de tierra y barro.

Para cuando la pobre Victoria acabó con él, y él con su paciencia, el vestido de la joven ya no se veía tan resplandeciente, ni su cara tan descansada.

Durante el viaje en auto de tres cortas cuerdas, el joven Gabriel se las ingenió para pisar los zapatos de su madre, forrados con el mismo satén del vestido, en un osado color claro; para casi romper su delicado bretel; y para pegotear

sus largos y hermosos rulos. De la apariencia de él mismo, mejor no hablar.

En la pequeña Iglesia las cosas no mejoraron. El niño, alejado de su rutina, estaba desatado, y la pobre Victoria tenía que lidiar sola con él, mientras su marido se dirigía en busca de la novia.

Con casi una hora de retraso, (tratándose de Amanda era lo menos que se podía esperar), las puertas del templo se abrieron.

La novia se veía espléndida, con un vestido, (¡debió haberlo imaginado!), más sensual incluso que el de Victoria. La joven la observó desplazarse con gracia e histrionismo. Pero de inmediato se quedó paralizada. A su lado estaba él, su propio marido. Hermoso, increíble. Con su mirada profunda, y sus brazos fuertes. Con...

Con otra.

Victoria no pudo evitar el arrebató de unos celos que, de tan fuertes, dolían. Ella nunca había tenido una boda como esa. Su matrimonio había sido íntimo y sencillo. Y no es que eso lo hubiera hecho menos maravilloso. Jamás había soñado con un vestido blanco, o una gran fiesta. Pero al ver a su marido allí, caminando feliz, del brazo de otra, de repente sintió envidia por todo aquello.

Durante un millón de años, más algunos minutos, aquella pareja celestial se desplazó hasta el altar. Al llegar allí, el novio le tendió la mano a Amanda. Esta se dio

vuelta, buscó a Victoria con la mirada, le sonrió, volvió a girar, y con sensualidad le estampó un beso a Samuel... en la boca.

Toda la Iglesia, (novio incluido), enmudeció. Luego, con la misma naturalidad, la bella Amanda besó a su futuro marido, también en la boca, y se aprestó para continuar con la ceremonia.

Ese fue el principio de la peor noche en la vida de Victoria.

Una vez finalizada la celebración, un gentío se congregó para saludar a la nueva pareja en el atrio. Pero cuando Victoria logró por fin encontrar a Samuel, de nuevo Amanda se interpuso entre los dos.

—¿No formamos una pareja espléndida con Jorge? —le preguntó a la joven, mientras abrazaba a su marido, (al de Victoria, y no al propio).

Y tal fue la forma impúdica de decirlo, que hasta el mismo Samuel se incomodó.

—Amanda, por favor...

—¡No seas tonto! Victoria sabe que estoy jugando... Por fin, que si no fuera porque yo misma la llamé para que ocupara mi lugar en el altar, ustedes ni siquiera estarían juntos.

—Y no sabes como te lo agradezco —repitió Samuel emocionado, mientras la besaba en la mejilla.

Demasiados besos.

Pero lo peor vino ni bien él se alejó.

—No me gustan tus juegos —le reprochó Victoria a su rival cuando quedaron solas.

—Y lo bien que haces... Yo nunca juego. Creo que las cosas entre nosotras siempre estuvieron claras: el que te lo haya prestado por unos años no quiere decir que ya no lo quiera. Jorge, o Samuel, como te gusta llamarlo, es y será siempre mío. Mi primer hombre, y el último...

Victoria quiso contestarle, pero ya no pudo. Todos intentaban saludar a la novia. Todos menos ella, que quería asesinarla.

Ya en el “resort”, la fiesta fue imponente.

El padrino tenía un lugar destacado en todas las fotos y los bailes. La esposa del padrino, en cambio, languidecía en un rincón, tratando de aplacar a su pequeño que, como si estuviera poseído por algún demonio, intentaba destruir todo a su paso, (comenzando por su madre).

Para cuando la noche acabó, casi siete horas después, la novia aún se veía espléndida, mientras se dirigía rumbo a su nuevo destino, al lado del hombre que decía amar, pero soñando con el que en verdad amaba.

—Ya he acostado a Gaby... Y me preguntaba si de verdad tu braga será tan...

Samuel hizo silencio. Su mujer, aún vestida con aquel traje sensual, se había quedado dormida, sentada en la cama.

Con dulzura la desvistió, la acarició tiernamente y la acomodó, mientras se recostaba junto a ella.

¡La deseaba con tanta intensidad! Pero no quería despertarla.

Y es que últimamente Victoria estaba muy cansada.

* * *

—Si hay una raya en la ventana del reactivo, y otra en la de control, el resultado es positivo. Usted está embarazada.

La voz mecánica y serena del otro lado del auricular no se condecía con la gravedad de lo que estaba anunciando.

—¿Segura?

—Dos rayas significan embarazo.

—Pero en el folleto las rayas son horizontales, y en mi reactivo eran verticales.

—¿Verticales?

Lo había dicho desde el principio.

—Sí, verticales.

—Entonces hay una falla en la prueba. Le ruego la acerque al lugar adonde la compró para que le entreguen otra sin cargo... En caso de que...

La muchacha colgó el auricular. Estaba adonde había empezado. Se había hecho problema, quizás por nada.

¡Era imposible que estuviera embarazada!

Para las nueve y cuarto de la mañana ya estaba de regreso a la mansión vacía, (no quería arriesgarse a la curiosidad de su hermana), con dos de aquellas malditas pruebas, por las dudas, de diferentes marcas.

No había terminado de preparar las muestras, cuando el timbre de la puerta comenzó a sonar con insistencia. Podía dejarlo chillar, o podía atender en cinco minutos, y volver por aquel resultado que cambiaría su vida para siempre.

Decidió atender. A esa hora solían llegar las cédulas judiciales para Nicolás, y no recibirlas podía significar un problema para él. ¡Total!, de todas formas tenía que esperar.

Corrió escaleras abajo y abrió la puerta sin preguntar.

Para su sorpresa, una resplandeciente Claudia Soto la miraba del otro lado, tan curiosa como divertida.

—¿Tú debes ser Carolina, no?... ¿Puedo pasar?

—Nicolás no está, y... —comenzó a excusarse la muchacha, confundida.

—No lo necesitamos. Los hombres lo embrollan todo... Además, sólo vine a buscar mi aro. Lo dejé olvidado anoche, cuando estaba acostada en el sillón. ¿Entiendes, no?...

Sin esperar invitación, la modelo recorrió la sala como si fuera propia, en busca de lo único que la había llevado hasta allí.

¿O no era lo único?

—¡Mira!... Sí, aquí está.

Carolina la observaba hacer, sin atreverse a reaccionar.

—Ya me voy... Fue un gusto conocerte —ronroneó la bella mujer, con un tono burlón, mientras observaba con descaro, de pies a cabeza, a su rival—. Por cierto —agregó al fin, justo antes de irse—, Nicolás te describió igualita... ¡Y sí que tienes las piernas gordas!

Para cuando aquella hermosura plástica se fue, Carolina todavía no atinaba a reaccionar. Y entonces sintió la chicharra del despertador que había colocado en el cuarto de baño.

No le alcanzaron las piernas para subir la escalera y abalanzarse sobre su destino, marcado o no en rayas de colores, sobre ambos reactivos.

Y esta vez no hubo posibilidad de error.

Obras de Clara Voghan disponibles en Internet

Un Saludo Distinto

Renata

Ana

Soledad, Sexo y Pedagogía

*Para obtenerlas en forma gratuita
visite y suscríbase a nuestro grupo de Yahoo*

[*http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/*](http://ar.groups.yahoo.com/group/claravoghan/)

Una novela romántica diferente.